

NAVEGANTES Y CORSARIOS

POR LOS

MARES CHILENOS

Por
Homero HURTADO Larraín
Capitán de Corbeta (Rva.)
Armada de Chile

IV PARTE

(De Cordes a Sharp)

1599.— Baltasar Cordes

Había corrido ya medio siglo desde la fundación de Valparaíso, como puerto de Santiago. Aquella tranquila aldea agrupada alrededor de la ermita del Obispo Marmolejo, daba la impresión de estar a punto de desaparecer; no existía otro vestigio de estar habitada que el estrecho reducto del fuerte San Antonio, custodiado por unos pocos soldados y una bodega provisional, edificada bajo sus fuegos, para depósito de los frutos del país.

El viento de la desgracia soplaría todavía inclemente sobre sus playas, aunque ya no fueran naves de aventureros valientes y codiciosos los que surcasen sus aguas. Huéspedes más terribles que Drake y que Hawkins iban a presentarse ahora en su bahía.

Bajo una impresión de seis años de paz, los pocos changos y soldados que residían permanentemente en Valparaíso, divisaron con sorpresa una mañana cierta embarcación sospechosa que ganaba con dificultad el fondeadero. A la simple vista parecía desarbolada y rota, al paso que la lentitud de sus maniobras denotaba en su aparejo un serio descalabro o un ardid de guerra de sumo disimulo. Mayor fue la sorpresa al observarse que el barco echaba un bote al agua, se embarcaba en él un Oficial con unos cuantos marineros, y ganaba la playa batiendo los últimos una bandera blanca en señal de parlamento.

Los españoles juzgaron que todo aquello era una maniobra y así, tan desconsiderados como crueles, rompieron el fuego contra el bote, hiriendo en los primeros disparos de arcabuz al capitán extranjero en una pierna. Sólo cuando

vieron a éste descender a la playa en hombros de los suyos, comprendieron que los recién llegados venían como amigos, o más propiamente, como naufragos.

Se supo entonces una triste historia de hambres, huracanes y desgracias infinitas que llegaron a inspirar piedad. Aquella nave era el "Cerf Volant" y su infeliz capitán, tan inhumanamente recibido, llevaba el nombre de Dirick Gerritz, de estirpe holandesa. Era ahora Flandes la que tomaba su turno de descabalros en el Mar del Sur.

La nave, refugiada en Valparaíso en los últimos días del verano de 1599, pertenecía a uno de los acaudalados negociantes en curso del puerto de Rotterdam. Una flotilla de cinco buques había salido de Rotterdam el 27 de junio de 1598; su tamaño variaba entre 150 y 500 tns., con un total de 547 hombres, o sea algo más de cien por cada barco.

Todo fue terrible e inesperado desde los primeros instantes para aquella cruzada. El Almirante de la Escuadra Jacobo de Mahú sucumbió a una dolencia antes de tomar el Estrecho. Simón de Cordes que le sucedió en el mando, se vio obligado a invernar en la bahía que más tarde llevó su nombre.

En este sitio fue visitado por el hambre, el mal tiempo y las epidemias, y así vio perecer a lo mejor de su gente.

Dos de sus naves, la "Fe" y la "Fidelidad", regresaron a Holanda al no poder penetrar en el Pacífico, aunque la última estuvo cerca de un año luchando heroicamente por vencer las corrientes del Estrecho. Por último el "Cerf Volant", perdido su capitán, Jurien Van Bokolt, fue arrastrado por un vendaval desencadenado hasta la región antártica, más allá del grado 64 de Latitud sur, con tales averías y destrozos, que cuando entró posteriormente, todo desarbolado en Valparaíso, salvando por vía de milagro, sólo tenía a su bordo nueve hombres capaces de efectuar maniobras.

El Almirante de la Escuadra, Simón de Cordes, engañado por los araucanos hizo un desembarco en la costa de Lavapié, en la ensenada de Arauco, y aquellos indígenas, creyéndoles españoles, dieron muerte en una celada a veintitrés de sus soldados. Buscó en consecuencia

el marino holandés el rumbo abierto y lejano hacia el Japón; pero desde el día en que se separó de la quinta nave de su Escuadra (marzo 23 de 1599) que era mandada por su propio hermano Baltasar no se tuvieron más noticias de la suerte de Simón de Cordes...

Pero la parte más extraña e interesante de esta serie de horribles aventuras, pertenece, sin duda, al último capitán nombrado. Cuando navegaba perdido en los canales de Chiloé y luchaba con sus fuertes corrientes, los isleños de la península de Lacuy, en cuya costa navegaba, le ofrecieron llevarlo a un puerto de españoles. Y así precedido de una escuadrilla de embarcaciones indígenas, Baltazar de Cordes se presentó en Castro intimando rendición.

Tomó Cordes posesión de la isla en nombre de su patria, fortificó la población y puso en ella una guarnición, en la que tomaron parte setecientos indígenas armados de picas. Al decir de algunos historiadores, llegó hasta hacerse proclamar rey de todo el archipiélago.

Pero aquella gloria no sería duradera. El capitán español Luis Pérez de Vargas y el coronel Francisco del Campo atacaron decididamente a los hombres de Cordes, dando muerte a unos trescientos indios y unos veinte holandeses, dedicándose después a las más espantosas crueldades contra los isleños.

El capitán holandés, no obstante la sorpresa y la furia del ataque, logró alcanzar su buque. Seguido de unos pocos y con peligros inauditos, llegó finalmente a la isla de Tidor, pasando de esta manera del archipiélago de Chiloé al de las Molucas. Pero aquí los portugueses lo despojaron de su nave, salvada a tanta costa, mandándolo enseguida cargado de cadenas a los calabozos de Malaca, al igual que el Gobernador de Chile enviara al capitán del "Cerf Volant" a las mazmorras de Lima.

Resumiendo, el destino de cada una de las naves de esta expedición habría sido el siguiente: la "Esperanza", del Almirante Simón de Cordes, se dirigió al Japón después del desembarco en Lavapié; la "Caridad", del Almirante Von Beunigen, siguió también al Japón. después de la celada en la isla Mocha, donde de parte de su tripulación fue asesinada



por los indígenas; la "Fe" regresó a Europa; la "Fidelidad" parece que también volvió a Holanda; y el "Cerf Volant", recaló desmantelado en Valparaíso para ser apresado por los españoles.

1600.— Noort

No habían pasado aún seis meses desde que los soldados del reducto de San Antonio dispararan sobre la bandera blanca del desgraciado Gerritz, cuando en la mañana del 28 de marzo de 1600, el vigía de Valparaíso informó que se

A Cordes lo Venció una Mujer

Baltazar de Cordes arribó aproximadamente en junio de 1600 a Chiloé y empezó por hacerse llamar Rey del Archipiélago. A los campesinos les obligó a darle víveres y dinero. Se había apoderado del fuerte y se hallaba en el mejor de los mundos cuando una vela le anunció la presencia de buque de las autoridades de Chile que llegaban a imponer su bandera sobre tierras que pertenecían al Reino.

El corsario organizó a su gente. Cuando la nave fue acercándose, pretendió hundirla con una andanada de los cañones del fuerte. Pero éstos no dispararon y la nave que los perseguía siguió avanzando. Fue el propio corsario a ver lo que pasaba y advirtió con rabia que la pólvora para los cañones había sido humedecida. Sólo una persona de la población había entrado al fuerte ese día, la heroica vecina doña Inés de Bazán y ella había sido quien privó así a los corsarios de sus mejores armas.

Furioso, Cordes hizo detener y azotar en la plaza a doña Inés. Pero el suplicio no duró mucho, pues granadas empezaron a caer cerca de la plaza. Los corsarios se vieron perdidos y se dirigieron presurosos a su nave. Luego, izando las velas, huyeron para no volver más a Chiloé.

Las crónicas dicen que, después de algunas fechorías, estos corsarios fueron derrotados y apresados en la Oceanía. Y Cordes ajusticiado por sus muchos crímenes. El nombre de doña Inés de Bazán lo guarda la historia de Chiloé como un ejemplo de valor y de patriotismo. Ella libró al archipiélago de uno de los más crueles corsarios de nuestros mares.

divisaba un buque poderoso navegando a toda vela a la vuelta de Curaumilla. Era el célebre Oliveiro de Noort, duro y animoso marino, natural de Utrecht, que aunque joven todavía, fue elegido por una compañía organizada en los puertos holandeses, conjuntamente con Pedro Ve-haven, para atacar las Indias Occidentales.

Había salido la flotilla de Noort, del puerto inglés de Plymouth (Holanda en esos años era aliada de Inglaterra) el 24 de septiembre de 1598, vale decir, sólo tres meses después de Mahú. Montaba Noort el "Mauricio" y su gemelo, el "Henry Frederick", era mandado por James Class. Acompañábanlos, además, dos urcas llamadas "Esperanza" y "Concordia". Las tripulaciones llegaban a unos 248 hombres.

Aunque más débil, esta flotilla tuvo suerte muy superior a la que le había precedido, porque después de penetrar en el Pacífico, Noort apresó en la isla Mocha un buque "aviso" que allí tenían apostado los españoles, llamado el "Buen Jesús, al mando del capitán Francisco Ibarra.

Informado por su prisionero de lo que había ocurrido a Cordes y a Gerritz en Castro y Valparaíso, lanzóse sobre esta última bahía en el "Mauricio". Y éste era el buque que el vigía anunciaba una mañana que con su velamen desplegado, venía en demanda del puerto.

A las pocas horas que Noort fondeó en la bahía, desatraco una chalupa de su buque y después de haber pasado a cuchillo a las tripulaciones de tres naves españolas fondeadas allí, quemó los buques, desdeñando bajar a tierra en tan miserable lugar.

Desde el "Mauricio" no se divisaba sino un pobre galpón en la playa desierta. El reducto de San Antonio debía encontrarse en muy mal estado, porque las bocas de sus cañones se mantuvieron totalmente silenciosas. Un cruel arrepentimiento sufrió después el rencoroso flamenco por su precipitada destrucción de los barcos españoles, al saber que sus bodegas guardaban una inmensa cantidad de oro y de plata. . .

Después de sus atrocidades y de sus inspecciones, Noort continuó rumbo hacia el Pacífico Occidental, tocando en las

Islas Ladroneas, Filipinas y después de un recio combate con dos navíos españoles, cruzó el Cabo de Buena Esperanza hasta llegar a Rotterdam el 26 de agosto de 1601, tardando poco menos de tres años en dar la vuelta al mundo.

Tal fue el primer ensayo de los holandeses en las aguas de este mar, que ni la naturaleza ni la historia han consentido en bautizar con el nombre de Pacífico. No menos de mil habitantes de la costa, en su mayoría indígenas, perecieron en estas dos primeras correrías, muchos de ellos en "pago" de la alianza que a ellos ofrecieron.

1615. Spilbergen

Cuando la nave en que Oliverio de Noort cometiera tantas crueldades en las costas del Mar del Sur, avistó a su regreso las playas de Holanda, supo que la guerra devoradora que consumía a aquel país desde medio siglo tocaba ya a su fin. Felipe II, el rencoroso rival, había muerto. Su hijo quería vivir como su abuelo el anacoreta de San Yuste y buscó la paz a todo trance. La celebró con Inglaterra en 1604, y dio a Flandes una tregua de doce años que comenzó en 1609.

Los holandeses se esforzaban por engrandecer sus lejanas posesiones en las Indias del Oriente y como se encontraban en su camino las otras Indias que daban riquezas a sus opresores, su política tendió a aniquilar los establecimientos de estos últimos, a fin de lograr la prosperidad para los suyos.

Con este propósito, la célebre Compañía de las Indias Orientales equipó una fuerte escuadra que salió de Texel el 8 de agosto de 1614. Alrededor del mes de abril del año siguiente, penetraba en el Pacífico. La escuadra sumaba seis velas, al mando de un experimentado y valiente marino alemán al servicio de Holanda, Jorge Spilbergen. Despachada esta flotilla para las Molucas, vía Estrecho de Magallanes, recaló en las islas Santa María y la Mocha, donde sus infelices habitantes pagaron como de costumbre sus tributos de despojos a los corsarios extranjeros. No menos de cien corderos necesitó el holandés para su vitualla en la primera de aquellas islas y quinientos tomados a viva fuerza, en la última. De paso asoló Concepción, que por enton-



ces era una ciudad mediocre. El 12 de junio de 1615, a mediodía, fondeaba con todos sus buques en la bahía de Valparaíso.

Esta vez los españoles no habían sido tomados de sorpresa. Al aviso del vigía, se concentraron todas las fuerzas disponibles de la jurisdicción de Santiago, entre el Maule y el Choapa, enviadas allí por noticias recibidas desde Río de Janeiro. Estas fueron debidamente ubicadas para rechazar un desembarco en el principal puerto del reino.

Spilbergen Saqueaba y Dibujaba

Fue en 1615, cuando apareció en la isla Mocha Jorge Van Spilbergen, quien cambió a los indios hachas por corderos. Luego tocó en la isla Santa María, donde existía una población. Se creyó bien recibido por los castellanos y en dos oportunidades hizo bajar hombres a tierra. Recibió aviso sobre presencia de gente armada en el bosque y entonces desembarcó en forma agresiva.

Los habitantes prefirieron quemar ellos mismos sus casas y huir al interior. Los corsarios trataron de saquear el pueblo en llamas, pero los isleños los atacaron y mataron a dos de los asaltantes e hirieron a algunos. Los corsarios se retiraron después de adueñarse de víveres y de 500 ovejas.

Se dirigieron a Valparaíso e intentaron apoderarse de un buque con buena carga de mercaderías, fondeado frente a Concepción. Los tripulantes, al verse atacados, incendiaron la nave y la abandonaron. Al día siguiente el corsario hizo desembarcar tropas, pero también el pueblo había sido puesto en llamas y los habitantes se habían retirado.

Quiso Spilbergen avanzar hacia el interior, pero fue atacado duramente, viéndose obligado a embarcarse y continuar su viaje. Lo único interesante que se llevó fue un dibujo que hizo de la ciudad. Decidió tocar en Quintero, pero se equivocó y fue a dar a Papudo, donde se aprovisionó de agua.

En la costa del Perú el corsario atacó y echó a pique un buque de la Armada Real en el cual iba el Almirante Pedro del Pulgar. Este, al ser intimidado de rendición, no aceptó y con sus 300 subalternos entregó al mar su vida con su noble nave.

Cuando Spilbergen largó anclas en la bahía, la encontró desierta. Pero el corsario holandés procedía con cautela, porque uno de sus buques le había informado que a lo largo de la costa se divisaban luces sospechosas, encuchándose a intervalos el lejano sonido de un cuerno. Una vez instalados dentro del puerto, Spilbergen rompió sus fuegos sobre la población, que contaba con unos tres galpones, los cuales quedaron reducidos a cenizas. Suerte parecida sufrió una nave fondeada, al mando de Pérez Urusamendi, a la que encallaron en las rocas de la playa.

Observados estos preparativos que revelaban una resolución extrema, el Almirante holandés ordenó un desembarco general, después de haber intentado en vano salvar de las llamas al buque español varado. Una vez desembarcados cerca de doscientos soldados, Spilbergen a la cabeza de ellos y en orden de combate, marchó sobre el enemigo que contaba con un igual número de tropas. Pero, a medida que avanzaba, una densa neblina protegió a sus enemigos, mientras su escuadra no cesaba de hacer fuego sobre las colinas y los arcabuceros de uno y otro bando mantenían un vivo tiroteo.

Esto ocurría más o menos a las cuatro de la tarde.

Fuere que la neblina cubriera completamente los cerros, fuere que se aproximase ya la noche, y frente a la población que se reunía por todas partes, el hecho fue que el capitán holandés resolvió regresar a sus botes y zarpar. Esto había sucedido el 12 de junio de 1615.

Al día siguiente la flota de Spilbergen echaba sus anclas en la bahía de Quintero y una vez en aquel abrigado fondeadero, descendieron inmediatamente las tripulaciones a tierra, construyendo un reducto fortificado en forma de medialuna. La gente de Spilbergen descansaba tranquila en su campamento, cuando el 17 de junio cayó sobre ellos el grueso de la caballería española, al mando del valeroso Pedro de Recalde, lo que obligó al Almirante holandés a hacerse nuevamente a la mar, alcanzando apenas a embarcar combustible y agua.

No volvió a oírse hablar de estos corsarios holandeses hasta que llegó la no-

ticia del señalado triunfo que habían obtenido casi a la vista de El Callao, sobre una flota de siete naves, mandada por Rodrigo de Mendoza. Peleó éste como bravo en su nave capitana el "Jesús María" de 24 cañones, con el cual causó graves daños al enemigo. Pero el holandés echó a pique a la llamada "Santa Ana" que mandaba el bravo Pedro Alvarez del Pulgar, pereciendo éste con trescientos de los suyos, además del "San Francisco" y otro barco que corrieron igual suerte que el "Santa Ana" El "Jesús María", que había costado 150 mil ducados, volvió al puerto lleno de averías proclamando la victoria de los invasores con el consecuente terror para Lima y su comarca. Tan grande fue en verdad aquel desastre, que el virrey estaba seguro que si los holandeses hubiesen efectuado aquel mismo día un desembarco con sólo 500 soldados, habrían saqueado con toda impunidad la ciudad de los Reyes. Los holandeses pudieron así ser dueños por un día, del imperio que más acariciaban en esta parte del mundo. Al menos habían sido en El Callao mucho más afortunados que en la modesta playa de Valparaíso.

Ufano con sus hazañas, el Almirante holandés siguió al lugar de su destino, que eran las islas Molucas, donde podría presentarse como un opulento comerciante. Regresó finalmente a Holanda en julio de 1617.

Tal fue la famosa y más feliz, a la vez que la más terrible de las escuadras que los holandeses, como justa venganza, trajeron al Pacífico. Puede decirse que aquella fecha corresponde al primer bombardeo de Valparaíso, aún cuando antes lo hubiesen arrasado en tres oportunidades: Drake, Hawkins y Noort. Se debe también a esta remota expedición el grabado más antiguo de la bahía y playa de Valparaíso, publicado en Amsterdam el año 1621, o sea 25 años antes del que dio a conocer en Roma el jesuita Ovalle, en 1646.

Los holandeses, estimulados con la cooperación armada de Francia protestante, y con el oro de los ingleses, que eran tan herejes como ellos, llegaron a facultarlos para enganchar en sus puertos seis mil reclutas, para quitar sus dominios de América de un solo golpe a los españoles.

Fue éste el origen de la famosa expedición llamada de "Nassau", que el príncipe Mauricio de Nassau lanzara más adelante al Nuevo Mundo.

1616. Schouten. Le Maire.

Se han mencionado anteriormente las tres empresas de destrucción y odio que los holandeses trajeron a Chile durante el primer cuarto del siglo XVII; pero los males que aquellos causaron, dieron más tarde una espléndida compensación para los días venideros. Tal fue el inmortal descubrimiento que dos marinos de aquella misma nación, llamados Schouten y Le Maire, hicieron el 30 de enero de 1616 doblando una punta que separaba los dos mayores océanos del globo terrestre y a la que pusieron el nombre del puerto de su procedencia: el Cabo de Hornos. Habían salido del puerto de Horn, casi al mismo tiempo que Spilbergen, en 1615.

Guillermo Schouten, natural de Horn (puertecito que está a la vista de Amsterdam) e Isaac Le Maire, zarparon en junio de 1615 en demanda de una pasada del Atlántico al Pacífico, que no fuera el Estrecho de Magallanes, en dos buques llamados "Unity" (la "Concordia", en holandés "Gendracht") de 360 toneladas, 9 cañones y 65 tripulantes, y el "Horn", de 110 toneladas, 8 cañones y 22 hombres. Después de haber doblado el Cabo de Hornos arribaron a Juan Fernández, el 27 de febrero de 1616. Schouten no regresó a Amsterdam sino año y medio más tarde, vale decir el 1º de julio de 1617.

Con este descubrimiento, su nombre pasó a la historia al igual que su compañero Le Maire, cuyo nombre lleva el estrecho ubicado entre Tierra del Fuego y la Isla de los Estados, y que ellos bautizaron para los Estados de Flandes. Los españoles llamaban, sin embargo, Cabo de San Vicente al descubierto por los holandeses.

En una de las láminas se muestra un retrato auténtico de Schouten, como descubridor del paso al Pacífico, que tuviera más tarde una influencia tan vasta en el progreso de Chile, antes de generalizarse la navegación a vapor. Lo rodean en la misma lámina: Drake, Cavendish, Noort y Spilbergen, los cuatro captosres

de Valparaíso, que tienen el raro mérito de ser contemporáneos. Se muestra también un grabado de la "Victoria", que dio la primera vuelta al mundo después de cruzar el Estrecho y de "La Concordia", en la que Schouten descubrió el Cabo de Hornos.

Estos grabados fueron obtenidos de una interesante obra escrita por Schouten y publicada el año 1648, titulada "Diario del admirable viaje hecho a la Mar del Sur por G.C. Schouten, de Horn", libro encontrado por Benjamín Vicuña Mackenna en 1855.

1618. García de Nodal

Los españoles Bartolomé García de Nodal y su hermano Gonzalo realizaron en 1618 y 1619 una de las expediciones más afortunadas hacia el Nuevo Mundo, doblando el temido Cabo de Hornos, descubriendo la isla de Diego Ramírez y recorriendo además el Estrecho mismo.

El islote de Diego Ramírez, situado a cincuenta millas más al sur del Cabo de Hornos, señala el término de lo que se llama el Continente Americano. Fue descubierto por los hermanos Nodal, el 10 de febrero de 1619 y bautizado con el nombre del cosmógrafo que los acompañaba en la expedición.

Dos años después del descubrimiento del Cabo de Hornos por Schouten en 1616, los hermanos Nodal ratificaron la existencia de aquella pasada desde España a los puertos del Pacífico.

Por su parte el Gobierno de España mandó dos carabelas en 1617. A cargo de ellas venía Morel, quien debía estudiar sitios convenientes para fortificar el nuevo Estrecho, con el objeto de controlar los pasos conocidos, sin considerar que con el progreso, los veleros tendrían que preferir la remontada del Cabo de Hornos. Morel estudió con calma el estrecho de Le Maire, en cuyas playas desembarcó, poniéndose en contacto con los aborígenes de elevada estatura y grandes pies. Volvió al puerto de origen después de un año de ausencia.

En vista de los datos recogidos por Morel, el Gobierno español envió otra expedición en dos nuevas carabelas, encomendadas a los hermanos Bartolomé



FRANCISCO DRAKE

TOMASCAVENDISH

GUILLERMO SCHOLTEN

Descubridor del Cabo de Hornos



OLIVEIRO DE NOORT



LA CONCORDIA
Fue en que Scholten descubrio el Cabo de Hornos



JORGE SPILBERGEN

LOS EXPLORADORES Y CORSAEROS DEL MAR DEL SUR

en los siglos

XVI i XVII

y Gonzalo García Nodal. Acababan de publicarse en Holanda los planos levantados por Le Maire y ellos debían verificar su exactitud en el terreno mismo.

Salieron de Sanlúcar el 27 de septiembre de 1618 al mando de las dos carabelas cuyos nombres eran: "Nuestra Señora de Atocha" y "Nuestra Señora del Buen Suceso", ambas de 80 toneladas, armadas con cuatro piezas de artillería y dotadas con cuarenta marineros. Tocaron en Río de Janeiro, San Julián y Cabo de Las Vírgenes, donde fondearon. Quisieron entrar al Estrecho de Magallanes, pero el viento no se los permitió, debiendo poner rumbo al estrecho descubierto por Le Maire, al cual entraron en el día de San Vicente, por cuyo motivo le impusieron ese nombre. Llegaron hasta el Cabo de Hornos al que ellos denominaron de San Ildefonso. Continuaron por el Pacífico hasta la salida occidental del Estrecho de Magallanes, recorriéndolo hasta el Atlántico para efectuar prolijos reconocimientos; costearon después hacia el norte, hasta fondear finalmente en Pernambuco.

Al regresar a España, Gonzalo García Nodal desembarcó en San Vicente para dar cuenta de su comisión al rey, entonces en Lisboa. Había tardado en el viaje nueve meses y doce días. Años más tarde, al mando de la misma nave, naufragó y perdió la vida a cerca de 30 leguas de La Habana. Bartolomé García Nodal nació en Pontevedra y por sus meritorios servicios en la Armada Real fue llamado a la Corte para encomendarle con su hermano la exploración de los estrechos Le Maire y Magallanes.

Gonzalo se inició como aventurero en la Armada al igual que su hermano. Las naves que ayudaron a rendir, quemar y echar a pique, desde 1591 hasta 1614, llegaron al número de 76, pero de éstas, 12 fueron especialmente capturadas por Gonzalo.

En la expedición efectuada por los hermanos Nodal, Gonzalo hizo por su mano una pintura explicativa de los estrechos. Aunque Gonzalo era de mayor edad que Bartolomé, e ir juntos los nombres de ambos hermanos, este último era el Jefe de la expedición.

Cuando fondearon cerca de Cabo San Vicente de regreso de Magallanes, como

se dijo anteriormente, Gonzalo desembarcó junto con el cosmógrafo Diego Ramírez de Arellano, en tanto que Bartolomé llevaba los buques a Sanlúcar de Barrameda. Desde 1619 los hermanos Nodal navegaron separados.

El 30 de agosto de 1622, año en que pereció Bartolomé, se dio a Gonzalo una real instrucción para realizar un viaje a Chile con dos navíos y un socorro de 300 infantes. Se prevenía al virrey del Perú que debería regresar con uno de los navíos por el estrecho de San Vicente (el de Le Maire) para traer informaciones exactas de su existencia. El 13 de octubre zarpó con tres naves, 133 hombres de mar y 400 infantes.

1624. Le Hermite

La formidable escuadra de Nassau, enviada al Brasil, bajo el mando de Jacobo Willekens y de Pedro Heine, tuvo un éxito tan completo como lo fue al revés la desventurada flota del Pacífico puesta a cargo de Jacobo Le Hermité (*). Componíase esta última de once velas que cargaban 294 cañones y no menos de 1.600 hombres, de los cuales 600 eran soldados veteranos destinados a obrar en tierra firme. La nave capitana, el "Amsterdam", era por sí sola tan poderosa como cada una de las escuadras anteriores, pues desplazaba 800 toneladas, con 42 cañones y era tripulada por 237 hombres.

El 2 de febrero de 1624, demorada por varios accidentes en el Océano Atlántico y transcurridos ya 14 meses, la escuadra de Le Hermite penetraba en el estrecho de Le Maire para cruzar al Mar del Sur. Durante un mes en que vientos contrarios no le permitían avanzar, estos navegantes exploraron prolijamente las costas de Tierra del Fuego y archipiélagos vecinos, levantaron cartas hidrográficas de notable valor y recogieron muchos antecedentes acerca de sus pobladores.

(*) Su nombre era Jacobo Clerk, más conocido por el sobrenombre de "El Hermit", derivado de haber sido Clerk, eclesiástico, antes de hacerse marino.

En marzo dirigieron su rumbo al norte, avistando apenas las costas chilenas del Pacífico y el 4 de abril la flota recalcó en Juan Fernández, siendo Le Hermite el primero de los corsarios europeos que abandonaba la antigua derrota por las islas Mocha y Santa María.

Descansado su equipaje, que equivalía a un ejército, el Almirante flamenco siguió su rumbo a El Callao, pues el plan de aquella vasta expedición era apoderarse simultáneamente de las posesiones españolas de América del Sur en ambos mares, y convertirlas en dependencias de Holanda en un solo y atrevido golpe (24 de mayo de 1624). La suerte abandonó a Le Hermite, junto con la pérdida de su vida el 2 de julio, en el umbral mismo de su empresa, a la vista de El Callao, a causa de una enfermedad natural sumada a las múltiples contrariedades. Su sucesor, un joven cruel y atrevido llamado Hugo Schapenham, sólo se dedicó a efectuar un bloqueo sobre El Callao que duró cuatro meses. Quemó cerca de cuarenta naves mercantes surtas en la bahía, efectuó desembarcos en las costas inmediatas y esparció la confusión y el terror, desplegando un rigor despiadado con los prisioneros.

Pensó establecerse en Chile en espera de refuerzos, pero no pudo hacerlo, pues tenía ya 400 bajas en su personal y agotadas sus municiones, sin posibilidades de reposición.

Algo desconcertado ante la situación que se presentaba a sus fuerzas, resolvió dirigirse a las posesiones de Holanda en Batavia, donde a su turno debería fallecer al año siguiente.

De esta manera el 9 de septiembre, la escuadra holandesa siguió desde Perú hacia Guayaquil y Acapulco, y de allí se dirigió al occidente, llegando a Mindanao el 26 de enero de 1625. En este lugar quedaron algunos buques estacionados y el resto pasó a Batavia, continuando por el Cabo de Buena Esperanza a Amsterdam.

No tuvo felizmente aquella empresa punto alguno de contacto con la suerte de Chile. Sólo un vaquero de una estancia vecina a San Antonio pudo divisarla en el horizonte cuando hacía rumbo a Juan Fernández. Fue ahorcado al dar la noticia, por el delito de "alarmista".

Si el golpe contra el Perú de esta escuadra, hubiera sido comandado con el mismo valor y habilidad que en el Brasil, la América del Sur pudo haber sido sometida probablemente al dominio de Holanda.

La próxima expedición a Chile correspondería a Hendrick Brouwer, con la ocupación del puerto de Valdivia.

1642. Brouwer

Ya han sido narradas brevemente las hostilidades que desde el año 1600 habían emprendido los holandeses contra las posesiones españolas del Mar del Sur; las desastrosas expediciones de Mahú y de Simón de Cordes, en 1599; las más felices, pero efímeras de Noort en 1600, y de Spilbergen en 1615; y por último, la gigantesca y mal dirigida campaña de Le Hermite y Schapenham, contra el virreinato del Perú.

Después de estas últimas expediciones, los republicanos de Flandes, enérgicos y agraviados, se levantaron con mayores alientos para adueñarse de la América española.

Uno de los príncipes de la familia libertadora de los Países Bajos, Juan Mauricio de Nassau, había pasado al Brasil con una poderosa escuadra en el año 1637, y desde allí amenazaba las costas de tierra firme de las Antillas y de México. Al mismo tiempo, el caudillo holandés deseaba apropiarse de otro centro de operaciones en el Pacífico. Así como en el Atlántico había escogido el puerto de Bahía para estos fines, en el Pacífico puso sus ojos en el puerto de Valdivia, en el sur de Chile. Para este objeto, llamó el Conde de Nassau a un experimentado director de las Indias Orientales, que había sido Gobernador de Batavia desde 1632 a 1636. Su nombre era Hendrick Brouwer, pero los españoles lo denominaban Enrique Bruno.

El experimentado Gobernador holandés llegó hasta Pernambuco a fin de ponerse de acuerdo con el Príncipe que gobernaba la colonia del Brasil, y concertado el plan de campaña, se hizo a la mar, desde Texel, con tres buques, el 6 de noviembre de 1642. El 30 de abril del año siguiente avistaba las costas chilenas del Maullín, después de una rápida na-

vegación a través del Estrecho. Su escuadra se componía ahora de cinco buques: "Amsterdam", "Concordia", "Ulissingen" y "Orange-Boom", más una urca llamada "Delfín".

Además de las tripulaciones, Brouwer había embarcado alrededor de cuatrocientos soldados aguerridos, abundancia de víveres, dinero, herramientas de labranza, elementos para construcciones y hasta cal y cemento para levantar fortificaciones. Su plan no era como el de los corsarios anteriores de mero botín o represalias, sino que con miras a una ocupación permanente. No sería Lima, como en el caso de Le Hermite, el centro de sus operaciones y de su imperio occidental; ahora sería Valdivia.

Pero en este caso, como en el temerario intento de Simón de Cordes, se cometieron errores fundamentales. El primero fue el fracaso de la alianza con los araucanos y el segundo, el no haber considerado la inclemencia del tiempo en la zona que venían a dominar. Para los araucanos, sus odios eran contra los "huincas" extranjeros buscadores de oro, fueran éstos españoles u holandeses; ni una piragua amiga se acercaba a servirles de guía, ni una flecha se afilaba en sus cabañas para abrirles paso a la conquista...

Guiado Brouwer por la idea de liberar a los indígenas de los españoles, se tomó sin gran resistencia un antiguo fuerte español ubicado en Carelmapu. Emprendió enseguida su acción contra Castro, siguiendo el mismo rumbo que los nativos habían indicado a Baltasar de Cordes en 1599, cuya población de cabañas era el único asiento que los españoles tenían en el archipiélago y que además era su capital.

Menos feliz todavía que Cordes, Brouwer no encontró en Castro sino escombros, pues sus habitantes habían huido al interior poniendo fuego a todo lo que había.

El invierno entretanto crecía, y atacado al igual que Le Hermite por hondas contrariedades, Brouwer cayó gravemente enfermo y debió refugiarse en la ensenada que desde entonces se llamó Puerto Inglés, hoy Ancud. Allí murió el gran caudillo el 7 de agosto de 1643.

El archipiélago de Chiloé no tenía, pues, nada que ofrecer a los invasores y tanto Valdivia como Castro eran sólo lugares desolados. Harcksmans, sucesor de Brouwer en el mando, resolvió establecerse definitivamente en Valdivia con unos cuatrocientos insulares, a quienes con engaños y promesas logró allegar en calidad de auxiliares.

Llegaron a tener en Valdivia más de cuatrocientas casas. Harcksmans, para sentar posesión y soberanía, disparó cañones, pronunció arengas, enterró a su jefe con pompa militar bajo un bosquecillo de laureles e incluso levantó un reducto militar en el sitio que hoy se denomina Los Canelos.

Pero en los indígenas brotó muy luego el odio a los extranjeros y pusieron en ejecución el sistema de aplazamiento en toda cooperación que se les solicitara. Comprendió entonces el jefe holandés que todo lo tenía en su contra y obstinado en sus propósitos, mandó a su lugarteniente Cryspyusen, en la mejor de sus naves, el "Amsterdam", a pedir un refuerzo de 800 hombres, con los cuales se comprometía a hacerse fuerte de una manera permanente en el país. Se quedó él con cuatro buques y 470 hombres de los cuales sólo 300 eran soldados.

Mas, en vista de las deserciones de personal y otros inconvenientes, suscribió un acta solemne en la cual exponía los motivos que lo obligaban a tomar la resolución de abandonar la empresa de sus esperanzas. Unos días más tarde se hicieron a la mar con rumbo al Estrecho.

En uno de los brazos del Calle-Calle, al desembocar en la ensenada de Corral, los holandeses perdieron la urca el "Delfín" que encalló en los bancos de arena. Desde entonces lleva aquel río el nombre de Torna Galeones.

No tuvo el caudillo holandés novedades de consideración en su regreso. Sus camaradas en el Brasil lo recibieron con indiferencia; y como era hombre pundonoroso, sucumbió ante el dolor de su fracaso. Fin común de aquellos rudos navegantes cuyos cuerpos resistían a todas las intemperies, pero no así sus almas frágiles, a los vaivenes del desengaño o del reproche. Así había ocurrido a Drake, a Cavendish, a Le Hermite, a Brouwer: Todos muertos en el mar...

Tal fue la famosa expedición destinada a convertir a Chile en una nueva Batavia, así como el imperio de los Aztecas era ya una nueva España.

1669. Narborough

Después del malogrado intento de los holandeses en Valdivia el año 1643, el sur de nuestro litoral se había mantenido relativamente tranquilo. Un español, Simón Caffreres (posiblemente Cáceres) propuso a Cromwell (1665) conquistar las colonias españolas del Pacífico, según un plan semejante al que había intentado Holanda con tan malos resultados, hacía ya unos veinte años. El Dictador no dio acogida a este proyecto, pero apenas subió al trono Carlos II, su hermano el Duque de York, primer Lord del Almirantazgo, prestó oídos a otro español renegado, y de esta manera otorgó en 1669 una licencia real al caballero John Narborough, para que con un buque de guerra se dirigiera al Pacífico.

Llamábase su buque el "Sweepstakes", nombre que se da generalmente en Inglaterra a los caballos de carrera, aunque su tamaño era sólo de 300 toneladas, con 36 cañones y ochenta hombres. Lo acompañaba una galera de 20 remeros, cargada con baratijas de comercio para abrir un mercado permanente a la industria británica en tales ramos. En cuanto a la parte mercantil de la empresa, venían en calidad de apoderados de los armadores de Londres un señor llamado Fortescue y el aventurero español Carlos Henríquez, a quien el diario de Narborough lo llamaba sólo "Don Carolus".

Con estos aprestos se presentó Narborough a la entrada de Valdivia el 14 de diciembre de 1670, después de una prolija navegación de exploraciones y sondeos, pues se había hecho a la vela en los Downs de su patria, el 26 de septiembre del año anterior.

El español Henríquez, vestido de gala, llevando miles de objetos y regalos, descendió a tierra en busca de sus paisanos y de los indígenas. El Gobernador de Valdivia, sospechando que este buque formase parte de una expedición de piratas, despachó emisarios al Gobernador del Reino pidiendo refuerzos a la vez que se ocupó de tender una celada a los ingenuos traficantes. Abrieron és-

tos una lucrativa feria a la entrada del río, en la cual vendían escopetas, cortaplumas, guantes, etc., a precios muy elevados. Ofrecieron en tierra un magnífico banquete con guisos de la región, pescado, vinos y dulces servidos en vajilla de plata. Y como los sencillos marinos se admiraran de aquel lujo, los oficiales de los fuertes, en cuyo recinto esto ocurría, bajo la sombra de frondosos árboles les dijeron: "Mucho oro in terra; plata non valla nada".

Concluido el banquete, los que se habían sentado a la mesa como anfitriones, eran a la hora de los postres, afligidos prisioneros y su jefe puesto en la necesidad de un combate desventajoso. Luego debió soltar amarras y retornar al océano, en cumplimiento de sus instrucciones, para volver por el mismo rumbo que trajera a la venida.

Quedaron de este modo en manos del Gobernador, entre otros: el intérprete español Henríquez, un teniente, el sobrecargo y un corneta. Cuando llegaron los refuerzos solicitados se llevaron a Lima como rehenes a los cuatro prisioneros. Aquellos infelices vegetaron en las cárceles durante más de doce años, hasta que el severo Virrey Rocaful revisó el proceso e hizo ahorcar al traidor español en diciembre de 1682, perdonando a los demás que ya eran ancianos, con excepción de un intérprete moro, que murió antes de entrar a Lima. En cuanto al teniente, como era un hombre ilustrado, se le ocupó en las fortificaciones de Valdivia, hasta que después de algunos años fue acusado de traición y ahorcado como Henríquez.

John de Narborough, que había entrado en la vida de mar como grumete, alcanzó el título de Caballero, el cual le mereció el mando de esta expedición, derrotada por la astucia del Gobernador Pedro de Montoya, cuyo apellido se repetía el año 1820 cuando Cochrane capturó Valdivia, pues el Gobernador en tal ocasión, nuevamente era un Montoya.

En la época de Narborough, los indios se hallaban en abierta guerra con los españoles de Valdivia, y sólo seis años después de su visita celebraron una paz nominal, reconociendo algunos grupos la soberanía del Rey de España.

Sir John Narborough fue quien en 1670 bautizó a Punta Arenas con el nombre de Sandy Bay, el que a su vez fue cambiado por Sandy Point por Byron en 1764, y que traducido posteriormente al español en 1849 por el coronel chileno José de los Santos Mardones, jefe de la guarnición, lo dejó con el definitivo nombre de Punta Arenas.

1675. Veas

A principios de 1675, un isleño del archipiélago de Chiloé informó al Gobernador que una armada inglesa había poblado la boca del Estrecho, lo que fue comunicado al Virrey Castellar en Lima. Para asegurarse de tal versión, el Gobernador envió una escuadra a esa zona, al mando del acreditado marino Don Antonio de Veas, quien salió de El Callao en demanda del Estrecho, el 21 de septiembre de 1675.

Tan pronto hubo llegado a los Chonos, el Almirante español tomó por tierra la costa hacia la península de Tres Montes, en busca de la población inglesa cuya existencia afirmaba aquel isleño. Su segundo en el mando, Pascual de Iriarte, siguió hasta Magallanes, dando vuelta a los Evangelistas situados en su entrada occidental. Allí naufragó el buque de Iriarte, perdiendo 16 oficiales y a su propio hijo en una misión que le encomendara a cargo de un bote.

La mentira de un indígena había sido la causa de una inútil expedición.

Así como Noort vino de Londres para dejar en Valdivia cuatro personas, así también Veas había venido de Lima hasta Magallanes para ahogar dieciséis naufragos. El resultado fue el mismo en ambos casos.

Veas recorrió y reconoció el Estrecho, para luego regresar al norte. En el viaje tocó en Juan Fernández y largó perros de presa para que terminasen con las cabras salvajes, llevadas allí por el descubridor de las islas, Juan Fernández, y por los jesuitas que pasaron a ser dueños de este grupo de islas en el siglo XVII, pues gracias a la carne fresca que proporcionaban en abundancia, los corsarios y piratas británicos y holandeses habían convertido la isla en su centro de operaciones.

Aquellos perros de Veas se propagaron y hubo una época en que la isla de Más a Tierra se vio invadida por estos animales. Menos deseables fueron aún las ratas, moscas y pulgas que dejaron allí los navegantes de aquellos tiempos.

1680. Sharp

Los bucaneros ingleses que venciendo la tenaz resistencia de los españoles se apoderaron de Panamá, designaron como su jefe al capitán Bartolomé Sharp, quien había sabido dar creces y esperanzas a la codicia de su gente.

Una vez nombrado Comandante, preparó sus barcos para lanzarse sobre los puertos del Pacífico Sur. Su plan era atacar, desde luego, a Guayaquil; en seguida Arica y otros más al sur, alcanzar por último el Estrecho de Magallanes para volver cargado de los tesoros que él y los suyos esperaban encontrar.

Sharp se hizo a la vela desde Pueblo Nuevo el 6 de junio de 1680 y el 13 de agosto echaba sus anclas en la isla de La Plata, después de haber explorado la de Gongona y la del Gallo, célebre por la raya de heroísmo que Francisco Pizarro trazó en sus tierras con la espada.

La captura de Panamá por el filibustero Morgan en 1670 había señalado a los gobernantes del Perú la necesidad de crear una flota de galeones y fortalezas para la defensa de sus costas.

El 26 de octubre, después de una navegación de dos meses, llegó Sharp a la vista del Morro de Arica, codiciado puerto donde imaginaba encontrar, como en tiempos de Drake, las barras de plata de Potosí que se embarcaban a Lima por aquella vía. Intentó hacer un desembarco, pero al observar las colinas cubiertas de jinetes y seis buques acoderados contra una isla en ademán de resistencia, amedrentose y desistió de su empresa. El 3 de noviembre de 1680 llevaban anclas los piratas desde el puerto de Ilo, donde habían acudido en busca de agua y provisiones; y, llevando siempre en vista la vuelta por el Estrecho, hicieron rumbo a las costas de Chile.

Temeroso Sharp de las defensas de Valparaíso, puso sus ojos y su codicia en la ciudad de La Serena, que era a la fecha, después de Santiago y Penco, la

tercera población del reino. El buque pirata continuó avanzando lentamente desde que zarpara de Ilo, contrariado por los vientos reinantes del sur. De esta manera sólo pudo presentarse en Coquimbo en la medianoche que precedió al memorable 13 de diciembre de 1680.

Antes de romper el alba desembarcó en Coquimbo un grupo de 35 arcabuceros, confiando el corsario que aquel puñado de hombres bastaría para apoderarse de una población indefensa y dormida. Pero se engañaba esta vez el caudillo, porque mediante fogatas de señales, su aparición en La Serena había sido anunciada con varios días de anticipación, desde las costas de Huasco. (Este primer telégrafo entre los chilenos había sido establecido en 1676 desde Copiapó a Concepción).

Con este aviso la población de La Serena y Coquimbo se puso en armas. Cuando la descubierta de los bucaneros iba avanzando en demanda de La Serena, fue detenida por jinetes armados que la pusieron en completa confusión. Comprendiendo Sharp y su gente, cuyo número llegaba apenas a 92 hombres, que la caballería coquimbana se esforzaba en llevarlos a la playa de Peñuelas, ganaron al amanecer la ciudad desierta de La Serena. Allí encontraron una población bien delineada con siete iglesias y una capilla. En resumen se sorprendieron al llegar a una ciudad "excelente y delicada", muy superior a lo que esperaban ver. Pero estaba completamente vacía y en su tenaz rebusca de tesoros escondidos, los piratas encontraron al fin un monje oculto en el fondo de su claustro. Por éste y por un negro esclavo que vino aquella mañana fugado del campamento de los españoles, supo Sharp que los fugitivos se hallaban en el valle. Y allí envió a medianoche una columna de 40 hombres a cargo de su contra-maestre.

Aquella expedición resultó infructuosa. Pero en la mañana siguiente se presentó, bajo bandera de parlamento, el corregidor derrotado, para acordar con Sharp un pacto de rescate, según el cual La Serena sería devuelta incólume a sus moradores, mediante la suma de 95.000 pesos que en dinero sellado debía contarse en la mañana del día 15 de diciembre.

Fuera ardid, fuera impotencia, el dinero no llegó y por el contrario, en la noche los habitantes expulsados soltaron una represa de agua sobre las calles del pueblo, con el fin de hostigar a los piratas. Ocurrió también aquella noche un recio temblor de tierra, que infundió cierto terror a los invasores. En vista de todo lo acontecido, los bucaneros resolvieron poner fuego a la ciudad, y el lunes 16 de diciembre, en la hora en que de costumbre los fieles entraban a sus templos para adorar a Dios, los demonios del mar arrimaron sus sacrílegas teas a los altares de La Serena.

Incendiaron totalmente cada una de las casas de toda la ciudad, llevándose a bordo cuanto pudieron saquear de ellas. Aquel crimen inútil casi tuvo una venganza heroica y terrible. Uno de los "changos" del puerto, cuyo nombre no se ha conservado cual lo merecía, navegando en una balsa de cuero de lobo se acercó silenciosamente al costado del "Santísima Trinidad", nombre del barco pirata, y colocando azufre y pez en su popa le prendió fuego. El humo traicionó sin embargo su atrevido intento y los de a bordo pudieron prevenir a tiempo aquel incendio, que de haberse llevado a cabo, de una manera u otra, habría entregado a la lanza de los coquimbanos o a la soga del verdugo, a todos los bucaneros de Sharp.

Cuando Sharp, una vez quemada la ciudad, se retiraba a su buque, se encontró con una emboscada tendida para cortar su fuga y luego, al llegar a la playa, divisó la balsa del "chango" con la mecha aún ardiendo.

De Coquimbo, los bucaneros se dirigieron a Juan Fernández, donde llegaron el día de Navidad de 1680, y por este santo motivo, aquellos singulares bandoleros que venían de reducir a cenizas siete templos, saludaron el natalicio del Redentor con tres descargas cerradas de artillería...

La noticia del desembarco de los piratas en Coquimbo llegó rápidamente a Santiago y al instante el Presidente Henríquez se trasladó al puerto junto con el corregidor Francisco de Aguirre, de La Serena, arrastrando a su paso el grito de alarma: "Sharp en Coquimbo", de donde nació el dicho vulgar "Ya llegó charqui

a Coquimbo"... empleado cada vez que los bucaneros, en años posteriores, invadieron aquellas costas.

Tenía el Gobernador de Valparaíso una escuadrilla armada en guerra compuesta por dos naves de comercio y un pequeño patache, las que se hicieron de inmediato a la vela en busca del pirata. El 12 de enero de 1681 lo avistaron fondeado en la isla de Juan Fernández. Apenas los piratas divisaron en el horizonte naves sospechosas, se hicieron a la mar procurando ganar barlovento, lo que consiguieron a poco de andar. Los españoles trataron de presentar combate repetidas veces al corsario, pero sin lograrlo a pesar de ser superiores en fuerzas.

Lo cierto fue que no se batieron y al parecer unos y otros se tuvieron recelo.

Durante las dos semanas que permanecieron los bucaneros en Juan Fernández, se ocuparon de cazar cabras y de carenar el buque. Mas ocurrió en esos días una novedad de gran importancia. Disgustados con Sharp por el escaso botín que les proporcionara La Serena, lo destituyeron de su puesto, nombrando en su reemplazo a un viejo corsario piadoso a la vez que brutal, llamado Watling. Desde Juan Fernández se dirigieron otra vez a Arica alucinados con la esperanza de encontrar allí los tesoros que habían hecho universalmente famosos al Perú y a Potosí.

El 9 de febrero de 1681, después de pelear todo el día en las calles de Arica, contra fuerzas cinco veces superiores, perdió la vida el temerario Watling con veinte de los suyos. A las diez de la noche, Sharp, a quien los bucaneros habían nombrado de nuevo su jefe en pleno fragor de la refriega, logró ganar el ampa-

ro de su buque, llevando a 18 de sus compañeros gravemente heridos.

No desalentados del todo, los bucaneros hicieron nuevamente rumbo a las costas de Chile, proponiéndose alcanzar el Estrecho. Mas, después de haberse provisto de 200 cabras y ovejas en un desembarco que ejecutaron en Huasco, donde también tomaron harina de un molino, viraron hacia el norte y fueron a carenarse, por tercera vez, al golfo de Nicoya en Nicaragua.

Ocho meses más tarde, en septiembre de 1681, volvían a pasar por el océano Pacífico frente a Valparaíso; ricos ahora con el botín recogido en la zona tropical, con tres buques diferentes. Siguieron al sur hasta doblar el Cabo de Hornos y fueron a echar sus anclas, el 30 de enero de 1682, en la colonia inglesa de Antigua, una de las islas Barbadas, cuyo Gobernador rehusó recibirlos como súbditos.

Sharp siguió a Jamaica, donde fue juzgado con la misericordia de jueces que más parecían cómplices, y más que nada por ofrecer una satisfacción a la ofendida España que se hallaba en ese tiempo en paz con los ingleses.

Todas las aventuras de Sharp fueron escritas por Ringrose, fiel cronista de sus hechos, en el año 1683. Obra de sumo valor que destaca la sencillez e ingenuidad de hombres que derrocharon en grandes festines los tesoros que habían acumulado en las desoladas costas del Pacífico.

Tal fue la primera correría de los bucaneros de las Antillas en el Mar del Sur, en que el valor era más parte de la codicia que del heroísmo, y cuyos hechos ante la historia merecen la más dura condenación.

